



La Gran Aventura Matemática de Leo y Mia

Nelson Gabriel Cáceres Cáceres



Leo y Mia, con sus mochilas cargadas y mapas desplegados, se preparan para un día emocionante. Sus ojos brillan de curiosidad mientras se despiden de su acogedora casita, listos para descubrir los secretos que el mundo les tiene preparados. El sol de la mañana ilumina el sendero, invitándolos a comenzar su gran aventura.



Encontraron un arbusto lleno de bayas jugosas: cinco rojas y tres azules. Leo y Mia rieron, contando cuidadosamente cada una para asegurarse de que no se les escapara ninguna. Unieron las bayas en sus cestas, aprendiendo que juntar cosas es una forma divertida de sumar.



Más adelante, un pequeño puente de madera tenía dos tablones rotos de los diez que lo formaban. Con un gesto pensativo, Mia señaló los huecos. Los amigos se dieron cuenta de que para cruzar, necesitaban encontrar las piezas que faltaban, entendiendo que quitar es restar.



Llegaron a un campo brillante donde cada flor tenía cuatro pétalos. Leo se arrodilló, mirando de cerca tres de esas hermosas flores. Se dieron cuenta de que podían saber cuántos pétalos había en total si multiplicaban, ¡una forma rápida de contar!



De repente, descubrieron una pila de diez galletas recién horneadas, ¡qué delicia! Un pequeño y simpático conejo asomó la nariz, pidiendo compartir. Leo y Mia sonrieron, dividiendo las galletas en partes iguales para que cada uno tuviera la misma cantidad.



En la orilla de un río ancho, necesitaban construir una balsa. Contaron seis troncos y cuatro cuerdas, pensando cómo usar cada elemento. Sumaron, restaron y multiplicaron mentalmente, planeando la mejor manera de unir todo para su travesía.



Se adentraron en un bosque mágico donde los árboles tenían hojas de colores en un patrón: rojo, amarillo, azul, rojo, amarillo, azul. Mia señaló la secuencia, y Leo, con una sonrisa, adivinó el color de la siguiente hoja. Descubrieron que reconocer patrones es como resolver un acertijo.



Un gran salto los esperaba para cruzar un arroyo burbujeante. Leo estiró los brazos, estimando la distancia con sus ojos. Ambos calcularon si sus piernas eran lo suficientemente largas para llegar al otro lado, usando su ingenio para medir sin una regla.



Después de tantos desafíos divertidos, Leo y Mia llegaron a una cascada resplandeciente, ¡su destino final! El agua caía con un sonido musical, y ellos, orgullosos de su ingenio y trabajo en equipo, celebraron su éxito con un gran abrazo. Cada operación los había acercado más a esta hermosa vista.



Sentados junto a la cascada, compartieron historias de su día, recordando cómo las matemáticas los ayudaron en cada paso. Sabían que cada problema era una oportunidad para aprender algo nuevo. El sol se ponía, prometiendo más aventuras y descubrimientos mañana.